

**MORENO, JONATHAN D.**

***Impromptu Man. J.L. Moreno and the origins of psychodrama, encounter culture, and the social network***

Bellevue Literary Press, New York, 2014, (319 págs).

Este libro no solamente rinde tributo a la memoria del que habrá sido un padre como pocos. Es, también, una biografía plena de anécdotas e informaciones sobre la vida del creador del psicodrama y de muchas ideas centrales del trabajo con grupos artísticos y terapéuticos. Por sobre todo, debe celebrarse en este volumen, ameno y lúcido, una suerte de caleidoscópica historia de los movimientos que hemos conocido como “encounter groups”, “T groups”, National Training Laboratory, “group therapy” y muchos otros. Además, brinda una perspectiva sobre aquellas ideas que Jacob Levy Moreno popularizó en su fecunda existencia. Quizá el lector acucioso eche en falta una bibliografía de Moreno, es decir, una relación ordenada de sus escritos, con sus fechas de publicación y su contenido, porque sería un valioso aporte para quienes deseen profundizar en su estudio. Quizá algunas referencias bibliográficas (aparte de las citas y de las notas) no hubieran desvirtuado el carácter de texto amistoso y de fácil lectura.

Como está, este volumen es un deleitable viaje por zonas de la cultura que una mano previsora y otra indulgente llamarían “mezcla de saberes” o —por emplear un interesante anglicismo— “remixology”. La mezcla, o collage, o smash up, de tantos temas en apariencia desconectados nos hace ver de nuevo la historia de las disciplinas “psi” bajo la impronta de un “hombre impromptu”, como quiere llamar Moreno a su padre, J.L. Moreno. Pues, junto con un temprano afán por exaltar la espontaneidad y la creatividad, que le llevó a experimentos teatrales en la Viena de la primera posguerra mundial, el entusiasmo de J.L. (así le llama J.D. Moreno) pronto se expandió a los campos diversos de la terapia y de las redes sociales. Clásicos ejercicios de psicodrama, como el de la silla vacía, e interesantes avanzadas sobre la ciencia de la sociometría, tienen acá no solamente mención. También se les discute en el contexto del trabajo de aquellos pioneros de la psicología social, como Kurt Lewin, Abraham Maslow y tantos otros. Al mismo tiempo, no deja de ser irónica la referencia a la “teatralidad” del Moreno psicodramatista y a sus ansias de notoriedad y fama, toda vez que con frecuencia luchó por defender su prioridad en temas, asuntos y denominaciones. No menor es su deseo de haber sido fundador de la terapia de grupo. Pero no de aquella inspirada en el psicoanálisis o en el conductismo, y tampoco en la que derivó de esos “humanistas” que fueron Carl Rogers o Rollo May, sino en la que tiene como fundamento la íntima constitución social, grupal, gregaria, del ser humano. En esos fragorosos años 60 y 70, con tanto movimiento alternativo a la psiquiatría y la psicología académicas (una, que aún tenía la impronta del viejo asilo y la otra que ganaba terreno en la industria y la academia), no debe haber sido fácil mantener distancia prudente aunada a una necesidad de reconocimiento. Mucho grupo de encuentro, mucha terapia alternativa, mucho budismo Zen, mucho grito primario, mucho análisis sociométrico, mucho análisis transaccional conformaron ese denso panorama que parecía contracultura y terminó siendo cultura pura y simple. La cultura de la protesta, la cultura de la insatisfacción, la cultura del antimilitarismo, la cultura de la paz. Toda una “sociatría” —en tanto ciencia de la curación de los males sociales— se precisaría para diagnosticar y tratar esas manifestaciones del cuerpo social y político que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y precedieron al Imperio Único tras la debacle de la Unión Soviética.

Quienes estudiamos medicina y psiquiatría en los años 60 y 70 dimos siempre por supuesto que la técnica de la psicoterapia grupal era una adquisición de larga data. Eran aquellos en realidad años formativos. Parece casi elemental distinguir entre terapia “en” el grupo y terapia “del” grupo. En el primer caso, sigue interesando el individuo y el grupo solamente sirve para reflejar, contener o provocar. En el segundo, es el grupo en cuanto tal el foco de la atención terapéutica y de la intervención. Poblaciones difíciles, seleccionando algunos miembros por afinidades o complementariedades, son especialmente

susceptibles de beneficiarse con estas intervenciones. Actúan allí fuerzas que sobrepasan cualquier efecto diádico y la presencia de los “ausentes” (familiares, amigos, “otros significativos”) se multiplica de modo impresionante. De modo que las posibilidades de identificación, proyección y “role-playing” son infinitas.

Una extensión de las ideas de J.L. Moreno hacia las redes sociales abre una dimensión interesante en el análisis de fenómenos como Facebook o Twitter, superficialmente tratados por sedicentes expertos. Lejos de significar negación de las interacciones, quizá indiquen una nueva forma de interacción social que no elimina sino complementa otras. En alguna de las citas de Moreno se anticipa esa “teatralidad total” que estas redes podrían significar.

En el espacio más concreto de la bioética de cuño estadounidense, con su insistencia en los procesos grupales que se desarrollan en los “comités”, que parecen corporizar tanto lo democrático como lo universal, es sorprendente que no se preste más atención a las dinámicas grupales. Cuando iniciamos, hace ya años, la enseñanza de la ética de la investigación con el auspicio de un proyecto Fogarty, incluimos como algo natural la experiencia de grupos. Sin embargo, encontramos resistencia en las personas, que confundieron nuestra propuesta con una declaración de necesidad de tratamiento psicológico. De modo que dejamos de implementar esa parte que aún juzgo importante en el entrenamiento para integrar grupos de bioética, independientemente de su finalidad, clínica o de investigación. No cabe dudar que sea un tema que merece estudio y sugiere una línea de trabajo potencialmente fértil. Pues, lejos de comportarse los miembros de los comités como reflexivos expertos, están sometidos, como todas las personas, a las dinámicas inconscientes de la interacción, a la influencia de las emociones, las aversiones y las preferencias que —bajo cualquier forma de racionalización, que no de razonamiento— inciden sobre el contenido y la forma de las intervenciones. Conocer el trabajo de los terapeutas de grupo, especialmente el pionero de J.L. Moreno, podría conducir a mejorar la toma de decisiones.

*Fernando Lolas Stepke*